

procediese á su verificación y confirmación, lo que le fué concedido en 1848.

Entonces empezó la lucha verdaderamente gigantesca de un abogado lleno de talento, Francisco Mercurelli, defensor de la causa, y del promotor de la fe y médico eminente Andrés Fratini, encargado del ataque.

Esta discusión memorable no fué publicada hasta 1853. Inmediatamente despues el P. Virili provocó la reunion de la asamblea antipreparatoria que se celebró en casa del cardenal Patrizzi. Las curaciones de Teresa Tartufoli y de sor Angela Marini fueron unánimemente reconocidas como milagrosas; mas la asamblea exigió que el milagro de María Rosa de Luca fuese sometido á nuevo informe del perito y encomendado al Dr. Valentini, profesor de clinica en la universidad romana; este último dictaminó absolutamente en favor del milagro. Entonces pudo celebrarse la asamblea preparatoria, y tuvo lugar en el Vaticano el 15 de setiembre de 1857, y el voto de los consultores fué unánimemente afirmativo.

Faltaba la asamblea general, y se celebró el 15 de marzo de 1859 en el Vaticano, en presencia de Su Santidad Pio IX. Habiendo propuesto de nuevo el Cardenal relator la cuestion de averiguacion de los milagros, los Cardenales presentes y los Consultores dieron cada uno su voto favorable.

El Soberano Pontífice, segun costumbre, antes de pronunciar en cuestion tan grave reclamó nuevas oraciones, reflexionó, oró él mismo mucho, y por último dió su juicio definitivo y solemne el día de la Ascension de 1859.

Despues de la bendicion papal dada *urbi et orbi* desde lo alto de la tribuna de la Basilica, Pio IX se dirigió á la sacristia de los canónigos, y allí rodeado de todos sus Prelados, Obispos y Cardenales, Su Santidad proclamó el decreto de la beatificacion del venerable Siervo de Dios Benito José Labre, protesta solemne CONTRA EL SENSUALISMO IMPÍO QUE HA INVADIDO Á LA SOCIEDAD MODERNA, Y QUE NO PUEDE SER ENÉRGICA Y FRUCTUOSAMENTE COMBATIDO MÁS QUE POR EL AMOR Y LA PRÁCTICA DE LA POBREZA TAN AMADA DEL BIENAVENTURADO BENITO JOSÉ LABRE.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

---

## PARTE SEGUNDA.

---

### Proceso de canonizacion.

#### HISTORIA.

Transcurrido apenas un año desde las fiestas de la beatificacion, el infatigable postulador de la causa solicitó se prosiguiese la causa de su gloriosa cliente con objeto de que pudiera procederse á la canonizacion. El abogado Mercurelli se hizo intérprete elocuente de los deseos de la Iglesia; mostró la oportunidad de oponer al orgullo del siglo y á las vanidades del mundo un ejemplo tan maravilloso de humildad y desprendimiento. Tomó á este efecto las admirables palabras pronunciadas en la catedral de Arras por el eleeente obispo de Poitiers, el cardenal Pio, cuando dijo: «El naturalismo, como un rio que ha roto sus diques, iba á engullir la tierra, y un humilde Siervo de Dios se ha levantado para rechazar el torrente devastador. Benito Labre ha plantado su bordon de peregrino, y las aguas se han detenido, y el naturalismo ha dado un paso atrás.»

El Sumo Pontífice aprobó la prosecucion de la causa en marzo de 1861. La Comisión romana nombrada á este efecto tenia que ocuparse especialmente de los nuevos milagros que el postulador presentaba en apoyo de su demanda. Escogiéronse dos, realizados uno en Roma mismo y el otro en Monte-Falco.

En Roma Teresa Mussetti fué curada súbitamente, en la iglesia del Vaticano, el día de la solemnidad de la beatificacion en el momento preciso en que se descubrió la imagen del Bienaventurado.

En Monte-Falco el objeto del milagro fué Sor María Luisa de la Inmaculada Concepcion, religiosa profesa del monasterio del Divino Amor, atacada de una úlcera grave en el estómago.

La informacion de Monte-Falco terminóse el 17 de mayo de 1866. Los años siguientes los empleó la Congregacion de Ritos en las discusiones que los relatos suscitaban.

La congregacion preparatoria pudo tener lugar el 23 de abril de 1872, y la congregacion general el 10 de noviembre. La aprobacion definitiva de los dos nuevos milagros, dada unánimemente por los miembros de la sagrada Congregacion, fué promulgada el 14 de enero de 1873, y el decreto del *tuto* el 9 de febrero del mismo año.

## PRIMER MILAGRO.

CURACION INSTANTÁNEA Y PERFECTA DE LA SRA. TERESA MASSETTI, ATACADA DE UN CIRRO CANCEROSO EN EL SENO IZQUIERDO.

### CAPÍTULO I.

#### I.—Sumario ó exposicion del milagro.

1. Teresa Massetti, dama romana, nacida en 1816, era de naturaleza enfermiza y temperamento linfático: así en el curso de su vida estuvo sujeta á muchas enfermedades, algunas de las cuales revelaban evidentemente una sangre pobre y viciada. Hasta la edad de cuarenta años su estado, aunque poco satisfactorio, era por lo menos soportable; mas en aquella época empezó á experimentar dolores en los senos, y se apercibió que estaban hinchados. Poco á poco los dolores aumentaron y se hicieron vivísimos, extendiéndose hasta la espalda. El cirujano Juan Baruffi fué el primero que asistió á la enferma; más tarde, aumentando el dolor, llamóse al Dr. Angel Mascetti. Otro médico, Félix Scalzaferri, visitó tambien á la enferma; pero á pesar de toda su habilidad la paciente no experimentó el menor alivio en su mal, que apareció en breve con todos los síntomas más evidentes de un cirro. Los sabios médicos reconocieron la existencia de un cáncer, en el periodo latente todavía, y juzgando que no habia otra esperanza de salud que en una operacion, resolvieron extirpar el tumor del pecho derecho, porque ofrecia un peligro más inminente. Para mayor seguridad llamaron en consulta al célebre profesor Cayetano Tancioni. A principios de mayo de 1859 hizose la amputacion, que fué tan feliz como podia esperarse en caso tan grave. Los doctores se abstuvieron de operar en el otro pecho por temor de que la paciente, ya muy debilitada, sucumbiese en la segunda operacion.

2. Empero este otro cáncer, perdonado por los facultas-

tivos, se agravó de tal suerte en el curso del año siguiente á la primera operacion, é hizo sufrir tanto á la desdichada Teresa, que fácilmente se veia, y presentaba un carácter peor aún que el tumor extirpado. Los medicamentos que al principio se emplearon no fueron siquiera paliativos, y no produjeron acción alguna en el implacable enemigo que habian de combatir, y que no podia soportar el contacto de los dedos ni el más ligero roce. El Dr. Mascetti era de parecer que se recurriese nuevamente al hierro; pero Scalzaferrí mostró repugnancia á este remedio, que más que instrumento de salud sería causa de inútil tortura. *Juzgué completamente inútil, dice en su deposicion, someter á la pobre paciente á esta segunda extirpacion, supuesto que al fin sería víctima de su diátesis cirrosa.* El profesor Tancioni por su parte, preguntado en la informacion sobre su parecer acerca este punto, respondió: *que el mal habia llegado á un estado casi desesperado, y que la segunda operacion no hubiera servido para nada,*—llegando á afirmar, en otro lugar de su deposicion,—*que hubiera acelerado la muerte.* Luego era inminente una muerte inevitable, y quedábale á la enferma poco tiempo de vida, pues el mal hacia incesantes progresos. Teresa, por su extremo enflequecimiento y la palidez de su semblante más parecia un cadáver que una persona viva; no podia conciliar el sueño, y no tomaba alimento alguno: debilitada en exceso, teniendo pecho y espalda horriblemente doloridos, no podia mover los brazos, y sus piés apenas podian sostener su cuerpo encorvado. Todos los síntomas se agravaban de dia en dia. *Esta agravacion dice el cirujano Mascetti, era á la vez progresiva y violenta, y en los últimos dias (los que precedieron el 20 de mayo de 1860) se habia hecho intolérable.*

3. Reducida á tal extremo, y no teniendo ya esperanza en la ciencia y recurso de los hombres, la infeliz mujer puso toda su confianza en el bienaventurado Benito José Labre, cuya beatificacion solemne iba en breve á celebrarse, y empezó á invocarle con tanto más ardor, cuanto sentia un horror invencible á la operacion de que se veia amenazada. El cirujano Mascetti, notable por su piedad no menos que por su ciencia, exhortóla eficazmente á implorar el patrocinio de Benito; y en el momento de despedirse, la víspera de la solemnidad, *me dijo (son palabras de Teresa) que si no queria que me hiciesen operacion, era preciso que me dirigiese con gran fe al Venerable.*

Así el dia feliz del 10 de mayo de 1860 se dirigió en coche, con la hija de su hermana y otros parientes, á la basilica Vaticana, y durante la solemnidad imploró con mucho fervor á su celestial Patron. Casi insensible á las cosas exteriores, no advirtió que descubrian la imagen del Bienaventurado; pero advirtiéndoselo la jóven que la acompañaba, empezó á contemplarla sin interrupcion; y hé aqui que durante esta contemplacion ardiente siente que ha desaparecido todo dolor: aprieta con la mano el seno enfermo, y éste, que ni siquiera podia soportar el ligero roce de la pluma con que le aplicaban los linimentos prescritos, no experimentó dolor alguno por esta presion. En un momento recobró las fuerzas, enderezóse su cuerpo, y brilló la alegría en su rostro y en sus miradas. Despues de las solemnidades de la mañana fué á comer en casa del Rdo. Dom Juvenal Palami, con su primo el cura Dom Nicolás Pitorri, y se mostró muy alegre. *Mi prima mostróse especialmente viva y alegre, dice este sacerdote en su testimonio, y comió con buen apetito...* Por la tarde volvió á la iglesia del Vaticano, donde pasó el resto del dia en oracion, estando perfectamente curada. Terminadas las ceremonias, salió del templo con paso ágil y el cuerpo recto, yendo á pié hasta el puente Helio, donde subió en un coche. Por último volvió á su casa, y allí pudo mirar con toda libertad el asiento de su mal, y vió que el cáncer no existia. *Entonces dice el tercer testigo, empezó á gritar llena de goso que estaba curada, corriendo y saltando con facilidad por toda la casa, y golpeándose fuertemente el pecho para mostrar que ya no tenia en él mal alguno.* Y la enfermedad, así desaparecida por intercesion divina, nunca más volvió á reaparecer.

## II.—Del primer término del milagro, esto es, del carácter y gravedad del mal.

4. Todos los criterios propios para establecer invenciblemente y sin error posible, el diagnóstico del mal, están admirablemente reunidos, y con un conjunto perfecto en el caso actual son tres como es sabido, y se refieren: 1.º á la etiología, que hace conocer las causas; 2.º á la sintomatología ó sea á las señales patognomónicas, y 3.º á la terapéutica, que deduce sus razones de la acción ó

de la ineficacia de los remedios. Vamos á examinar, uno tras otro, estos tres criterios.

Desde luego, por lo que concierne á las causas, oigamos á J. B. Mantegaglia: «El desarrollo de los cirros y *cánceres* parece ser con frecuencia el resultado de dos causas ocasionales ocurriendo al mismo efecto. La una es suma predisposicion secreta á tales dolencias, lo que se llama *la diátesis cancerosa*; la otra, que puede denominarse muy próxima ó determinante, es una prolongada y lenta irritacion, concentrada por un motivo cualquiera en una parte determinada. Así, por ejemplo, un golpe, una contusion en el seno de una mujer, que tiene predisposicion cancerosa, hará nacer un cirro y un *cáncer*. (*Instit. chirurg.* part. 1, cap. 15, § 1,065).» El Dr. Scalzaferrí nos afirma la existencia, en Teresa Massetti, de la diátesis cancerosa, con las siguientes palabras de su deposicion: «Estaba yo muy persuadido, por la experiencia que tengo de las cosas, que la segunda operacion seria no sólo inútil, sino tambien perniciosa, atendido que el retorno del cirro atestiguaba en la enferma una diátesis cancerosa, y esa diátesis, ese veneno habia ya infectado la sangre, ó por lo menos se habia mezclado con los humores linfáticos, tanto más cuanto la enferma era de un temperamento linfático con tendencia á los infartos escrofulosos.» Léense en gran número de pasajes testimonios declarados en el curso del proceso y afirmaciones conformes á estas palabras del médico. No es inútil tampoco recordar que una tia de Teresa, hermana de su padre, murió de un *cáncer*.

5. Una causa extrínseca se añadió por desgracia á las que ésta desdichada mujer llevaba en sí misma, para apresurar el desarrollo de su mal. «Mi tia, dice el tercer testigo, hablando conmigo durante el curso de su enfermedad, atribula, como lo hace sin cesar aún, su mal ó cirro, á golpes que recibió en el pecho de mano de un sobrino, de unos doce años de edad, á quien se esforzó por sujetar y calmar, mientras que se debatía y mostraba su pesar por la partida de su tio Nicolás Pitorri.» Hubiera sido muy extraño que el cirro no se declarase á la influencia de esas causas internas y externas reunidas; y en efecto apareció con todos los síntomas ordinarios de este mal.

6. Unos dos años antes de la beatificacion del bienaventurado José Labre, dice el Dr. Scalzaferrí, la Sra. Teresa cuyo apellido es Massetti, como recuerdo ahora, fué atacada de un cirro en el seno derecho. Salió allí un

tumor, pequeño al principio, pero que aumentó lentamente y adquirió la dureza de un cirro. Tenia su asiento en la glándula mamaria, y su grueso alcanzó pronto el de un huevo de gallina y aun lo excedió.» Un poco más adelante el mismo doctor añade: «El tumor hacia progresos y adquiria la dureza propia del cirro, mostrándose al mismo tiempo claramente todos los síntomas de la irritacion cirrosa, á saber, el color rojo del tumor, y en las otras partes del seno, un dolor punzante por intervalos, una sensacion de extraordinario calor, del que se quejaba la enferma, y además el infarto de ciertas glándulas, bajo los sobacos, del mismo lado derecho. Todo esto puedo atestiguarlo por haberlo visto por mis propios ojos y tocado con mis manos.

7. Véanse ahora las palabras de Dom Mascetti: «Cuando empecé á asistir á la Sra. Teresa, podia tener ella unos cuarenta años. Observé que tenia una dureza en cada seno, la del derecho era más fuerte que la otra, pues se extendia casi á toda la glándula mamaria, con dolores punzantes que se exasperaban particularmente en las épocas menstruales, y se extendian por irradiacion nerviosa al brazo correspondiente. Esta dureza era verdaderamente cirrosa; presentaba rugosidades, y para sentirla no era necesario hundir mucho el dedo, pues ocupaba gran parte del parénquima de la glándula; su forma era irregular. Agravándose continuamente los síntomas, nos vimos obligados á extirpar el cirro. Los dolores punzantes daban á entender, por otra parte, que este cirro no estaba ya en su primer grado, es decir; duro é indolente, sino que se habia convertido en *cáncer* latente, esto es, que empezaba á degenerar, y que aún se veia la piel penetrar en los huecos del tumor.»

8. El ilustre profesor Cayetano Tancioni se expresa en los siguientes términos. «Se reconocia que el mal que sufría la paciente era un cirro adelantado, con los caracteres propios de él, que resumo en breves palabras: Aparicion del mal sin síntomas inflamatorios de los tejidos externos, al principio poco ó nada sensible; sensacion de dolores vivos que se hicieron punzantes; aumentacion gradual hasta llegar á un volumen notable; forma irregular; adherencia sobre algunos puntos en la piel, y de ahí disminucion de la movilidad; asiento específico del mal, el seno.

9. Procedióse á la extirpacion del cirro del seno dere-

cho; mas todos los testigos declaran unánimes que el mal que afectaba al seno izquierdo era de la misma naturaleza y presentaba los mismos signos característicos: «En el momento, dice el ilustre Mascetti, en que se trató de extirpar el primer cirro, el Dr. Scalzaferrí, el profesor Tancioni y yo reconocimos perfectamente que al mal que afectaba al seno izquierdo era un verdadero cirro, absolutamente semejante al primero, pero no llegado aún al mismo período de gravedad que el del seno derecho.» Alcanzó y aun excedió á su congénere extirpado en malignidad y en dolores agudos. «En efecto, los dolores agudos y punzantes llegaron á tal punto que la paciente no podia soportar siquiera el contacto de la mano: por esto, habiéndole yo ordenado unciones de pomada resolutive y sedativa, se vió obligada á hacérselas con algunos objetos ligerísimos, como, por ejemplo, una pluma, un pincel, algodón; no recuerdo ahora de cuáles se hizo uso. Acusaba tambien vivos sufrimientos en el brazo izquierdo, del que no podia servirse, pues el más pequeño movimiento de él correspondia al seno enfermo, y el contacto de los vestidos le causaba dolor; en una palabra, era evidente que este segundo cirro igualaba al primero, y podia considerarse como una derivación de él. Independientemente de los fuertes dolores punzantes, experimentaba tambien sensaciones penosas de calor, efectos que por lo comun se manifiestan cuando el cirro tiende á degenerar.»

10. No es esto todo; pues el mismo doctor añade: «El segundo cirro ofrecia sintomas más violentos que el primero; la sensacion de calor era más fuerte, el dolor más intenso y mayor la sensibilidad: la paciente, como he dicho, no podia soportar más la ligera presion; el dolor correspondiente del brazo era más vivo que en el primer cirro, y los movimientos de aquel miembro mucho más dolorosos. El aumento de los sufrimientos era de tal suerte progresivo que en los últimos dias el dolor se hizo intolerable.» La semejanza de este segundo cirro con el que fué extirpado, y la identidad de los sintomas son igualmente afirmados y demostrados por los otros testigos en el sumario.

11. Lo que los sintomas revelaban claramente, lo confirmó por su parte la ineficacia de los remedios empleados. «No cabe la menor duda, dice muy estriptentemente el sabio Dr. Scalzaferrí, que teníamos que habérmolas con un verdadero cirro, puesto que á pesar de todos los recur-

sos del arte médico, empleados por mí y por el cirujano, el Dr. Mascetti, para disolver el tumor, éste no cesó de progresar.» El Dr. Mascetti dice hablando de estos remedios: «Cuando uno se encuentra en presencia de un verdadero cirro, nada valen los medicamentos. Hicieronse todas las tentativas prescritas por el arte médico para destruir este segundo cirro, como se habia hecho con el primero: empleáronse los remedios internos y externos de que ya he hablado, pero sin fundada esperanza de obtener la curacion, únicamente para agotar todos los recursos del arte y satisfacer á la enferma; pero ni yo ni otro médico alguno imaginámos que tales remedios pudiesen ser eficaces; y en efecto, no resultó de ellos ningun cirro saludable, pues el cirro del seno izquierdo se mostró más pernicioso que el del derecho, sin ceder poco ni mucho á ningun medicamento.»

12. Segun su loable costumbre, el ilustre profesor Tancioni aprovechó esta ocasion de distinguir el cirro de los tumores estrumosos, por la ineficacia de los medicamentos dotados de una accion tónica ó resolutive; pues esta clase de tumores se curan ó por lo menos alivian con esta medicacion, mientras que en el cirro no produce otros resultados que la agravacion del mal. Así sucedió en nuestro caso. *Todo remedio fué inútil*, afirma la enferma despues de su curacion, *pues el cirro del seno izquierdo tenia una marcha más rápida, era más cruel, y sus efectos mucho más tristes*; lo que confirma el segundo testigo diciendo: «Antes que el mal estuviese tan adelantado, estos (los médicos) se esforzaron en tratarla por los remedios externos ó internos, empleados para curar la infeccion por los humores; cuáles eran estos remedios no puedo precisarlos; pareceme serian semejantes á los empleados en el tratamiento del primer cirro. Mas al fin renunciaron á toda esperanza de alcanzar la curacion por el empleo de medicamentos cuyos efectos eran nulos, y á pesar de los cuales el tumor hacia progresos cada vez más rápidos.» Más lejos añade: «Todo lo que he dicho del mal y de sus sintomas, iba creciendo de día en día. No vi la parte afectada, pero estaba bien informado de ella. Los dolores eran más y más atroces, mayores los lamentos, más visible la disminucion de fuerzas y las incomodidades más considerables. La enferma apenas podia comer lo estrictamente necesario para no morir de hambre: si comia ó hacia algun movimiento, todo correspondia dolorosamente al mal que pa-

decía.» Del mismo parecer el testigo tercero: «El cirujano y el médico designados más arriba la encontraron en este estado adelantado del mal, cuyo tratamiento emprendieron por los medios ya empleados en el primer cirro, á saber, jarabes, unciones locales con pomada de belladona, añadiendo un cauterio en el brazo izquierdo, y eso durante muchos meses, ciertamente con el pensamiento de que podía curar. Pero sucedió todo lo contrario; el mal fué más grave y peligroso que el primero, á pesar de los muchos medicamentos empleados.»

13. A los argumentos dichos bueno es añadir otro, particular al caso presente, y preciosísimo, pues los cuerpos vivos lo suministran raras veces y es tomado de la misma operacion quirúrgica. Merced á la extirpacion que sufrió Teresa en el seno derecho, se pudo estudiar el cáncer en sus más íntimas raíces. Hecho este estudio, no cabia ya la menor duda acerca la naturaleza del mal que afectaba el seno izquierdo; era una enfermedad del mismo género, puesto que ofrecia un carácter semejante y en todo idéntico. Con exquisito tacto, propio de un hombre sabio y experimentado, el Rdo. D. Nicolás Pitorri hace el siguiente raciocinio: «Páreceme que si se ha podido conservar alguna duda, debía desaparecer ante el testimonio de dos sábios cirujanos como los Sres. Mascetti y Tancioni, y el de un médico tan práctico como el Dr. Scalzaferrí: todos han declarado que se trataba de dos cirros, y eso despues de prolijo exámen, de un estudio minucioso del mal y de la extirpacion del primer cirro. No sólo se pudo observar con la vista el primer tumor en el seno de la enferma, sino que además este cirro, sajado y extirpado con el hierro, quedó en manos del operador, quien pudo examinarlo con cuidado y analizarlo á su placer. Si el segundo mal hubiese sido de naturaleza distinta que la del primero, ciertamente lo hubiera advertido y modificara entonses su juicio, lo que no hizo.»

14. Respecto á la autopsia del primer cirro sajado, el ilustre Dr. Mascetti se expresa en los siguientes términos: «Despues de la operacion se quiso, para darse cuenta de los estragos causados en la parte enferma, diseccionar el tumor sajado, y reconocíose que la parte extraida era un cirro que presentaba en ciertos sitios indicios de degeneracion, es decir, pasando al cáncer. El tamaño del tumor era de ancho como dos veces mi puño; su forma irregular, su superficie ligeramente rugosa, su color algo

sombrio y su dureza como de piedra. Este tumor así extirpado no lo conservamos.» El profesor Tancioni, que asistió á la operacion, y que observó muy atentamente el tumor del seno izquierdo, declara que no puede existir la menor duda acerca la identidad de los dos tumores: «Los signos característicos manifestados en el seno izquierdo eran la dureza, el volúmen, la irregularidad de un tumor igualmente canceroso, situado profundamente, en el sobredicho seno, sin ninguna alteracion del tejido externo; era, pues, imposible imaginar que la naturaleza de este tumor fuese de género diferente.»

Por lo demás, es supérfluo detenerse más en la perfecta semejanza de ambos tumores, pues lo hemos extensa y suficientemente demostrado en el párrafo 10.

15. Establecido ya de un modo cierto el carácter del mal, nos queda hablar de su gravedad. *El cirro*, dice Manteggia, citado arriba, *haciéndose doloroso y mostrando tendencia á degenerar, toma el nombre de cáncer oculto*. (Obr. cit. part. 1, cap. 13, § 1052). Muy conocido es el aforismo de Hipócrates acerca esta clase de cáncer: *A las personas atacadas de cáncer oculto mejor les va la ausencia de tratamiento: los remedios matan con mayor prontitud á esta clase de enfermos; la ausencia de medicacion prolonga su vida*. Ahora bien; es evidente que el cirro de Teresa se habia transformado en cáncer oculto; pruebañlo claramente los dolores punzantes que crucificaban á la enferma, el testimonio del Dr. Mascetti, citado en el párrafo 9. Bueno es, sin embargo, oír á la paciente despues de su curacion: «A la verdad, los dolores que experimenté en el seno izquierdo fueron más crueles que los del derecho.» No menos particularmente se expresa el segundo testigo: «Era verdaderamente un cirro ya canceroso, indicado por los dolores graves, agudos y punzantes. No existia allí simplemente un cirro, sino más bien un cáncer; de otro modo no se hubieran producido dolores tan intensos.»

Por consiguiente, el cirujano que asistia á la enferma no vaciló en declarar que *el segundo cirro se transformó en un cáncer oculto... Presentaba sin duda alguna los caracteres del cáncer oculto*.

16. El cirro del seno izquierdo era, además, de una naturaleza más acentuada y grave. De ello tenemos una prueba (como se ha visto en el párrafo 10) en la mayor violencia de los síntomas. No podia ser de otro modo; despues de la extirpacion del primero, el segundo cirro habia

de ser más violento. «Extirpando el cirro del seno derecho, dice el cirujano ya sobredicho, el del izquierdo se desarrolló cada vez más, y llegó á ser un cáncer oculto de naturaleza más peligrosa.» El eminente practico, instruido por una triste experiencia, no pudo conservar esperanza alguna de curacion. «No tuve valor, dice, para emprender ningun tratamiento, y aun evité hacerlo, porque habia visto, en otros casos semejantes, la reproduccion del cirro despues de la operacion, y su degeneracion en cáncer incurable.» (Y nada tiene de extraño esto, pues, como lo recuerda el habil cirujano) «es propio de la naturaleza de este mal, cuando se ha extirpado un primer cirro, ver aparecer otro con caractéres de violencia más intensa.»

17. A más de ese carácter de malignidad, el tumor del seno izquierdo tenia mayor grado de gravedad porque se habia desarrollado más largo tiempo en el organismo enfermo: en efecto, apareció poco despues que el primero. La misma Teresa nos lo dice: «Creo necesario consignar aquí que el cirro del seno izquierdo se desarrolló poco despues del cirro del lado opuesto.» y subsistió hasta 20 de mayo de 1860, ó sea más de un año despues de la extirpacion de su hermano gemelo. ¿Cómo describir entoncees los estragos causados, tanto en el seno enfermo como en todo el organismo por la difusion del virus? Su color era lívido, violado, semejante á sangre extravasada. *El color del tumor era... lívido y violado, rojo oscuro y lívido.* Su volúmen era considerable, segun parece el de un limon grande. La vispera del día en que el prodigio tuvo lugar su tamaño era inaudito. «Para que se forme de ello una idea, dice Teresa despues de su curacion, puedo manifestar que la noche del 10 de mayo de 1860, que precedió á la beatificacion del venerable Labre, estando en cama, tomé la copa del Venerable y la apliqué en el seno izquierdo, al que se adaptaba perfectamente; y es de saber que el diámetro de esta copa, de forma semiesférica, es de su parte cóncava de medio palmo próximamente, y su profundidad mide poco más ó menos un cuarto de palmo. Añado, además, que el seno, á la sazón fuertemente hinchado, tenia en el centro varias prominencias, alcanzando una de ellas el volúmen de una nuez. Estas prominencias no eran contiguas unas á otras, sino muy separadas.» El más leve tacto era insoportable en esta parte enferma. *La paciente no podía sufrir el más ligero roce.* Este testimonio de la enferma está confirmado por las deposiciones de los otros testigos. «El

brazo izquierdo no podia hacer movimiento alguno; el dolor tenia correspondencia en el hombro.»

18. La dispepsia y la anorexia acusaban el desórden de las funciones del estómago, y el excesivo enflaquecimiento de todo el cuerpo indicaba el marasmo. El color de su rostro era amarillo, verdadero indicio de cáncer; la postracion de fuerzas era extraordinaria; la enferma apenas podia dormir, y estaba sujeta á desfallecimientos. Con este terrible conjunto patológico hacia progresos el mal patológico. Escuchemos á los diversos testigos acerca este punto. «Ya he dicho cuán grande era la debilidad de mis fuerzas; declara la enferma. Era más cenceña que ahora; nunca he sido gorda; pero entoncees estaba mucho más flaca. Mi tez era de un amarillo pálido. Aborrecia el alimento; no tenia apetito, y comia un poco de sopa y alguna otra cosa ligera; la vista de la carne me era insoportable. Dom Nicolás esforzábese por prepararme algunos manjares delicados, pero apenas los habia probado los hacia retirar.» «Obrándose difícilmente las funciones de la digestion, dice el Dr. Mascetti, no podia alimentarse suficientemente.»

19. El mismo lenguaje emplea otro testigo: «Esta vez era peor el estado de cosas; la enferma tenia menos fuerzas aún, y se quejaba con mayor viveza, diciéndome que iba muy mal. Los síntomas externos correspondian á su estado de sufrimiento: la tez era amarilla, pero de un amarillo pálido, como se advierte en las personas consumidas por la calentura y por un mal interior; á veces el rostro afectaba un color rojo, salpicado de manchas y lívido; lo cual sólo sucedia momentáneamente, tal vez cuando eran más punzantes los dolores. La postracion de fuerzas era tan grande, que apenas podia moverse para recibir el más ligero tratamiento.» Algo más lejos leemos: *Apenas podia tomar el alimento estrictamente necesario para no morir.* Igualmente explicito es el testigo tercero: «Las fuerzas de mi tia disminuian cada día más; sólo con gran trabajo podia dar algunos pasos dentro de casa. Su persona indicaba el sufrimiento; su rostro era de un amarillo lívido; salia un poco; con gran pena iba á la iglesia y daba cortos paseos por los alrededores.» Y más lejos: «Era pálida, amarilla, padecia mucho y decaecia visiblemente.» Y en otra parte: «La enferma se acostaba contra su voluntad, porque el lecho le era doloroso; declaraba que no podia tomar en él ningun descanso.»

20. Merece ser citado el testimonio quinto, que dice: «El aspecto exterior de la enferma era muy malo, y revelaba lo mucho que sufría: empeoraba de continuo, y perdía las fuerzas sin cesar; su enflequecimiento era tal, que al fin no se le veían más que piel y huesos: esto que digo es aplicable tanto á la época del primer cirro como á la del segundo, si bien en la última estaba más cenefia, tenía la palidez de una persona verdaderamente enferma, y su tez era de un amarillo terroso.» Y añade: «Antes des- empeñaba en la casa sus quehaceres, mas durante dichos males apenas podía hacer nada, sobre todo á medida que el mal progresaba: basta decir que no podía andar ni moverse sino con gran trabajo, aunque no le faltase aliento. Con dificultad salía algunas veces para ir á la iglesia á oír misa los días festivos, y dar un corto paseo. Padecía opresion de pecho, lo que se observaba sobre todo cuando subía una escalera, pues el tumor le dificultaba la respiracion. Padecía tambien en la cama, y sé que no podía permanecer en ella. No comia ciertamente la cantidad de alimento regular en una persona de buena salud. Necesitaba alimentos especiales; sin eso nada hubiera comido.» Por su parte, el testigo diez y seis se expresa así: «Puedo afirmar con toda certeza que la enferma estaba sumamente débil y muy flaca: su tez era por lo comun pálida, como se acostumbra decir de una persona hipocondriaca, y á veces parecia cadavérica. Apenas tenia apetito, y el alimento le ocasionaba náuseas.» Ultimamente, el testigo diez declara que «Antes de la curacion estaba sujeta á desórdenes y desarreglos orgánicos, y á desmayos.» Pero en silencio los otros testimonios de este género que pueden leerse en las páginas del sumario; mas no puedo omitir la observacion de los dos cirujanos acerca las señales de marasmo. El ilustre Dr. Cayetano Tancioni decia ya en mayo de 1868: «Fácilmente se advertia en ella un principio de marasmo.» El ilustre Dr. Angel Mascetti habia anunciado asimismo que tal habia de ser el término de la enfermedad (á no haber llegado el milagro): «Con el tiempo el mal hubiera concluido por un marasmo lento.»

21. En presencia de tan sólidas pruebas intrínsecas acerca la gravedad de la dolencia, es por así decirlo ocioso citar los juicios de los sapientísimos expertos que han declarado que este mal era incurable y habia de producir la muerte en breve. Elegíremos algunos, sin embargo, á fin de que no falten esa clase de pruebas extrínsecas.

«Humanamente hablando, dice el Dr. Scalzaferri, y segun mi modo de ver, la curacion de la Sra. Teresa era del todo desesperada, pues el segundo cirro no podia disolverse por sí mismo, ni por las fuerzas de la naturaleza, ni por el socorro de la medicina; tampoco podia esperarse buen resultado de la ablacion, la que á mi parecer podia apresurar la muerte de la paciente.» «En el caso en cuestion, añade el ilustre Dr. Mascetti, el cirro habia ya adquirido una dureza pétrea, la que, á consecuencia de sus progresos, habia producido un cáncer oculto que al fin se hubiera abierto. Ahora bien, las fuerzas de la naturaleza son impotentes para hacer desaparecer las vegetaciones cancerosas externas, como se reconoce en la resistencia que esta enfermedad, diferente en esto de todas las otras, opone á los tratamientos de la medicina. Así el mal venéreo y los humores herpéticos son otros tantos virus deletéreos; sin embargo, en estas enfermedades la naturaleza, ayudada por el arte, suministra remedios propios para hacer desaparecer ó neutralizar los virus, lo que no tiene lugar en el cáncer.» Por último, el célebre profesor Tancioni se expresa así: «En este estado tan deplorable, tengo por cierto que la extirpacion del segundo cirro, lejos de mejorar el estado de la enferma, no hubiera logrado otra cosa que acelerar la hora de la muerte.» Ante testimonios tan perentorios, todo hombre de buena fe reconocerá que no sólo dicha enfermedad era grave y de curacion difficilísima, sino que además llevaba en sí misma los gérmenes de una muerte en breve plazo, y que no podia esperarse un retorno á la salud realizado por las fuerzas de la naturaleza ó los recursos del arte.

### III.—Del medio ó de la invocacion.

22. Para que los reverendísimos Padres puedan fácilmente tener noticia de todo lo que concierne á la sustancia del milagro, se ha procurado, en las tablas del sumario, separar los testimonios segun se refieren á la enfermedad, á la invocacion ó á la curacion. En cuanto á los relativos á esta última, estando unánimes todos los testigos en declarar la verdad del hecho, bastará recordar la deposicion de la persona curada, cuya autoridad todos convienen que en esto es tal que no se necesita de otra para demostrar la invocacion: «Antes de la exhumacion, en la



iglesia de Nuestra Señora de los Montes, del cuerpo del bienaventurado Benito José Labre, ciertamente le habia oído nombrar repetidas veces, pero no me fijé mucho en él; mas otra cosa fué cuando se trató del reconocimiento del cuerpo, algun tiempo antes de la sentencia de beatificación: entonces mi primo D. Nicolás, párroco de la iglesia anexa de Nuestra Señora de los Montes, me trajo una copa, de la que me dijeron se sirvió el Bienaventurado, que á la sazón no era más que venerable. Desde aquel día tuve gran confianza en aquel Siervo de Dios; padecía entonces de un cirro en el seno izquierdo, y deseaba vivamente evitar la operacion, que comprendí no podía retardarse mucho. Los cirujanos ya me habian extirpado un cirro del seno derecho, y el recuerdo doloroso de aquella operacion me abrumaba sobremanera.»

En otro lugar dice: «Experimentando siempre viva repugnancia en que me operasen de nuevo, encomendéme á venerable Benito José Labre, pidiéndole que no me viese otra vez expuesta á tan cruel tratamiento, objeto de mis temores. No habia motivo alguno para esperar, humanamente hablando, mi curacion, y el 10 de mayo de 1859 el Dr. Mascetti, viendo que locaban á su término los preparativos de la beatificación del bienaventurado José Labre en San Pedro, díjome al despedirse, que si no queria que me operasen, era preciso que me encomendase con todas veras al Venerable.»

Y un poco más lejos añade: «Puede decirse que todos en casa tenian confianza en la intercesion de este Bienaventurado, y particularmente el párroco D. Nicolás que hizo celebrar en honor de aquél un tríduo de oraciones los tres dias precedentes á la beatificación. Encomendéme á él sin cesar, y á él solo. Creo que en casa no se obró de distinto modo.

23. Los demás testigos niegan asimismo que se invocase á otro bienaventurado ó santo. «No sé, dice el testigo segundo, que invocase á este efecto directamente á otros santos ó bienaventurados ó algun otro siervo de Dios... Sólo le oí invocar al venerable Benito José Labre. Estaba perfectamente en estado de saber si se dirigia á otro santo.» Igual deposicion por parte del testigo octavo: «A excepcion del bienaventurado Labre, no tengo conocimiento de que Teresa invocase á otros santos ó santas, bienaventurados ó bienaventuradas ó siervos de Dios.»

«Toda la confianza de Teresa y la nuestra, dice D. Ni-

colás, se cifraba en Benito José Labre; á ser de otro modo creo que lo hubiera sabido. La paciente aguardaba, lo mismo que nosotros, el día de la beatificación, para ver realizarse nuestra demanda. El venerable Pastor decia con frecuencia á Mascetti: *Esperemos la beatificación.* Idéntica declaracion en la respuesta del testigo diez: «Todo lo que puedo decir, es que se dirigió sólo al Venerable.» Por último el testigo diez y seis se expresa así: «Repugnándole absolutamente á mi tia sufrir una segunda operacion, encomendéme á la intercesion del bienaventurado José Labre, y ciertamente, por lo que sé, no invocó á otro santo, bienaventurado ó siervo de Dios.» Esta confianza ardiente y llena de entusiasmo de la piadosa señora Teresa le valió la realizacion del prodigio que habia pedido, como resulta de los diversos testimonios que voy á poner á la vista del lector.

#### IV.—Del otro extremo del milagro ó de la curacion.

24. En el breve relato que se ha hecho de esta curacion, sucedida el día mismo de la beatificación solemne de Benito José Labre, en la basilica del Vaticano, hemos referido como la enfermedad de Teresa desapareció instantáneamente por un prodigio admirable. (Véase § 3). Citemos ahora las deposiciones de los testigos acerca este punto. Oigamos primero las palabras de la miraculada, que se expresa en los siguientes términos: «Temia no poder soportar una segunda operacion, y por lo tanto me encomendé continuamente al Bienaventurado, suplicándole me librase de ello, y pedí á mi primo me hiciese llevar á San Pedro el día de la beatificación del bienaventurado José Labre: fui á ella, asisti á toda la ceremonia, y desde allí fuimos con mi sobrina Ana Maria Pitorri, mi sobrino Andrés, mi primo D. Nicolás y el D. Ciccolini, á comer en casa de Juvenal Pelami: después de la comida volvimos á San Pedro, donde permanecimos hasta el *Angelus*. Luego volvimos á la casa donde habia vivido hasta entonces. Durante este día no cesé de encomendarme al bienaventurado Labre, diciéndole únicamente que no queria ser operada. Aquel día estuve como enajenada, lo que fué causa de que no viese cuando descubrieron la imagen del Bienaventurado. Mi sobrina, de quien he hablado, me lo advirtió, y entonces empecé á mirarla, sin

poder apartar de ella mis ojos. Entonces ya no me senti dolores, á pesar de que hasta aquel momento hubiese padecido mucho: apreté la parte enferma, y no experimenté dolor alguno: con todo, á nadie dije cosa alguna, reservándome examinar el seno enfermo á mi regreso á casa. Pero me sentía tan bien, que al salir de San Pedro despues del *Angelus*, andaba derecha y aprisa, lo que extrañó el señor Ariodante. Sin comunicarme con nadie, di interiormente gracias al Bienaventurado, cierta como estaba de haber obtenido mi curacion. De regreso á casa, examiné en seguida la parte enferma, y la hallé perfectamente sana; el mal había desaparecido por completo; viendo esto empecé á gritar y golpearme el pecho; D. Ariodante corrió á anunciar el hecho á D. Nicolás, que estaba en una casa próxima, mas éste le recomendó el silencio para no llamar la atencion pública.

25. A su vez la sobrina que la acompañaba, dice: «La mañana de la beatificacion mi tia, acompañándola yo, fué en coche á San Pedro. Tan grande era la fe que la animaba, que pudo hacer el viaje á pesar del triste estado en que se hallaba. Al llegar á la Basilica sufría mucho el tener que estar en pié hasta que pudiese sentarse. Penetramos con los billetes en la tribuna reservada á las señoras. Estuve tan atenta á las ceremonias, que no me ocupé mucho de mi tia, que estaba á mi lado. Cuando descubrieron el retablo, en el momento del *Te Deum* preguntóme con asombro si habian ya desubierto la Imágen del Bienaventurado. No advertí lo que se hizo antes, por lo que sospeché que se habia dormido, tanto más cuanto me dijo más tarde que yo la desperté, cosa que no recuerdo. En este momento curó mi tia del cirro, aunque nada me dijo de ello, y que no lo supe hasta la noche, cuando regresámos á casa. Terminada la ceremonia de la mañana fuimos á pié á casa Pelami, en el palacio Corimboni, situado en la plaza de San Pedro, á derecha, frente la fachada de la iglesia. Allí comimos y volvimos en seguida á pié á la Basilica, donde nos sentámos en bancos, en la capilla mayor. A la noche volvimos á casa, yendo á pié hasta el puente San Angelo, donde subimos en un coche que encontramos. No sabia que mi tia estuviese curada, mas luego, reflexionándolo bien, debo decir que durante este dia á partir del *Te Deum* no le oí un quejido siquiera, y ya no tuvo ninguna señal visible de enfermedad: de la manera como hizo alegremente á pié el ca-

mino para volver á casa, daba á comprender que no padecía ya, y cuando buscámos un coche para transportarla, nos dijo que esto importaba poco, que podria hacer el camino á pié. Añádase á esto que á la una de la noche, habiendo examinado mi tia el tumor, nos declaró claramente que habia desaparecido éste por completo. Al momento empezó á gritar llena de gozo que estaba perfectamente curada; saltaba ágilmente por la casa, y golpeábase fuertemente el pecho con la mano para mejor probarnos que nada tenia. Refríónos entonces que la curacion habia tenido lugar en San Pedro en el momento de descubrir la imágen del Bienaventurado: advirtiéndolo perfectamente en aquel instante, y áun se cercioró de ello tocándose el pecho tanto como se lo permitian los vestidos: sentia muy bien que habia recobrado la salud; y si se abstuvo hasta entonces de decirlo, era para asegurarse antes de que no habia error ni ilusion.» Los testimonios de las otras personas son enteramente conformes á éstos.

26. Pocos dias despues de esta curacion el cirujano Mascetti visitó á la Sra. Teresa, y habiendo oido de su boca el relato de la curacion, quiso explorar el seno. El resultado de este exámen está consignado en las palabras siguientes: «Despues del relato de mi cliente palpé el sitio del mal, y no experimenté ningun dolor, examiné con mucho cuidado, y llevé el escripu hasta apretar y comprimir fuertemente. No profró el menor quejido, aunque la presion fué capaz de causar dolor áun á una persona cuyo seno no hubiese estado enfermo. Continuan-do mi exámen hallé en el centro de la glándula mamaria una pequeña dureza indolente del tamaño de la mitad de una nuez comun.» Para que no pudiera suponerse que esto era resto de un mal canceroso, el cirujano añade: «Esta dureza no era más que un simple infarto, sin analogia alguna con el cirro; de lo contrario se hubiera des- arrollado en lo sucesivo, produciendo los efectos del cirro desaparecido... No puedo diagnosticar la naturaleza de esta dureza ó infarto, pero afirmo que nada habia allí de canceroso. Cuando el seno izquierdo fué afectado por el cirro, la glándula mamaria se endureció como piedra; mas esta dureza ó especie de petrificacion ya no existia absolutamente, y hallé por cierto esa misma glándula mamaria en su estado normal.»

27. Importa asimismo, para más amplia confirmacion, referir aquí el testimonio del ilustre profesor Cayetano

Tancioni, quien, de concierto con el precedente cirujano, examinó á la miraculada. «La curacion, dice, de la Sra. Teresa ha sido completa, y puedo atestiguarlo con conocimiento de causa, pues habiendo ido algun tiempo despues á su casa con el Sr. Mascetti, examiné el seno izquierdo, y lo hallé en su estado normal, muy diferente del en que estaba en otro tiempo. No puedo decir (pues no lo recuerdo) si el Sr. Mascetti hizo un nuevo examen del seno en mi presencia; mas sí tengo muy presente que considero la curacion como milagrosa. Si quedó una dureza en el seno, lo que no verifiqué por mí mismo, en nada infirma el prodigio, atendido que, si hubiese sido una parte del tumor cirroso, el cirro, al cabo de seis meses, se hubiera reproducido con mayor violencia, y por cierto hubiera sido incurable. Por otra parte, como he sabido, la Sra. Teresa nunca más ha sido atacada de ninguna clase de cirro. Admitida, pues, la hipótesis de esta dureza, no era ciertamente cirrosa ni podia ser otra cosa que una dureza natural y congénita, como las verrugas, nodos, lunares, etc.

28. Tampoco será inútil reproducir aquí el testimonio del Dr. Scalzaferrí, que pocos días despues de la curacion visitó á la miraculada. Dedúcese de este examen que desapareció todo vestigio de cirro. Cuando el respetable práctico supo por boca de Teresa que *el cirro habia desaparecido*, quiso darse cuenta del hecho por sí mismo. Véase su relato: «Quise cerciorarme personalmente, y examiné, palpé el seno izquierdo de la persona curada, y me convencí de que ya no habia cirro. Sólo el tejido celular estaba afectado de turgencia, pero, lo repito, no habia vestigio alguna de cirro. No pregunté á la curada si experimentó una crisis cualquiera, y no podia preguntárselo, porque estaba cierto entonces, como lo estoy ahora, de que el cirro no se puede curar con crisis de ninguna clase. Afirмо, pues, que no hallé en la Sra. Teresa un solo síntoma mórbido; pues la turgencia de que he hablado no puede ser considerada como tal, sino más bien como un simple empaste del tejido celular. Añado que, palpando el seno, me fué muy fácil reconocer que la glándula mamaria estaba en su estado normal y no presentaba indicio alguno de cirro.»

29. Con la desaparicion de este horrible tumor, origen y centro de toda la enfermedad, volvieron las fuerzas, y se desvanecieron todos los síntomas patognómicos. «No

quedó en mí, dice Teresa, ninguna secuela de la enfermedad, y ya no volví á padecer ni uno solo de los males anteriores. Los dolores de la espalda y de la espina dorsal no se han repetido más; no he vuelto á padecer mal alguno ni incomodidad en los riñones; en una palabra, me encuentro mucho mejor que antes del desarrollo de los dos cirros.» Y más adelante: «Despues del milagro nada me impide obrar ligeramente, y soy ágil y capaz de hacer lo que no podia antes.» El segundo testigo se expresa del mismo modo: «Hallé á Teresa muy otra que antes. Se encontraba muy bien; pasóse la mano por el pecho, en el sitio del tumor, diciendome que no habia ni sentia nada en él. No estaba triste y abatida; antes al contrario se la veia alegre y sonriente y con el color sano. Declaraba que habia desaparecido la inapelencia, y en efecto, sé que comia con buen apetito. Poco á poco adquirió gordura, volviendo al estado natural de su complexion. En aquel momento apareció muy alegre, y vi que sus movimientos eran desembarazados; se sentia fuerte y capaz para hacerlo todo, aunque no sé en qué se ocupaba. Continué viéndola varias veces, y puedo atestiguar que su constitucion fisica era excelente; se ocupaba en las tareas domésticas con facilidad suma y entera libertad de movimientos.» Todos los testigos afirman lo mismo, como puede verse en sus deposiciones.

30. No intervino ninguna saludable crisis, como unánimemente declaran los testigos y la misma Teresa diciendo: «Ni antes de mi curacion, ni mucho menos en el instante en que pude convencerme del milagro, experimenté crisis alguna.» Es inútil, pues, molestar por más tiempo acerca este punto la atencion de los sabios jueces. ¿Por ventura puede sobrevenir una saludable crisis en las enfermedades orgánicas? ¿Qué purgacion, qué evacuacion podria devolver la salud en las afecciones cancerosas? La dureza pétea que constituye el cirro no puede desaparecer más que por la fuerza omnipotente y taumatúrgica de aquel que dijo á Moisés: «Herirás la piedra y saltará el agua. (Exod. xvii, 6).» Para que esta degeneracion que engendra la enfermedad en las glándulas conglomeradas, dé lugar al antiguo estado sano y normal del órgano, ninguna excrecion del virus morbífico puede ser eficaz; es preciso una restitution del tejido primigenial que ha sido viciado; de suerte que lo que debe intervenir aquí no es la fuerza disolvente, sino, por así decirlo, la inter-

vencion del poder creador. Luego, descartada la crisis, será de mayor interés trasladar aquí el dictámen de los varones ilustres que cuentan esta curacion entre el número de los mayores milagros. El ilustre profesor Tancioni dice: «Nunca he departido con otras personas acerca la curacion de la Sra. Teresa; pero he oido á otros hablar de ella y considerarla como un verdadero y estupendo milagro; por lo demás, yo mismo la considero como tal.»

31. Idéntica opinión manifiesta el Dr. Scalzaferri, quien nos asegura el pensamiento de todos sobre este punto: «La miraculada, lo mismo que sus parientes y todos los que tuvieron conocimiento de su enfermedad cirrosa, atribuyen la curacion á un verdadero milagro, obtenido por intercesion del venerable Benito José Labre. Participo por completo de este modo de juzgar: me es imposible abrigar la menor duda respecto á la realidad del milagro, despues de haber visto y tocado con mis manos el primer cirro.» Por último, el eminente Dr. Mascetti, cirujano habitual de la miraculada, se expresa así: «Puedo afirmar con toda certeza que, segun los datos de la ciencia y mi propia experiencia en estas materias, la curacion del cirro de que he hablado no se realizó por las fuerzas de la naturaleza ni por los recursos del arte, y hay que atribuirle á una accion sobrenatural. Tal es mi parecer, y creo no puedo decir más, porque, como testigo, he de limitarme á los hechos, y como cirujano, no puedo afirmar sino los principios de la ciencia y las lecciones de la experiencia. Repito, pues, que la curacion de la Sra. Teresa Massetti, atacada de un cirro ya adelantado y degenerado en cáncer oculto, debe ser ciertamente contado entre los hechos sobrenaturales.» No es, pues, por ciega credulidad ni por piadosa sencillez que se atribuye á un insigne milagro de Dios la curacion de Teresa Massetti. A ello obligan la evidencia de los hechos y una lógica severa, apoyada en los principios de una ciencia veraz y confirmada por la autoridad de los varones más eminentes.

## CAPÍTULO II.

### Discusion del Milagro.

#### ARTÍCULO I.

PRIMERAS OBSERVACIONES CRÍTICAS DEL PROMOTOR DE LA FE.

#### § 1.—Del primer término del milagro ó de la enfermedad.

1. Conocer una enfermedad es con harta frecuencia muy difícil: la fisonomía engaña á menudo aun á los hombres hábiles en esta materia. Así es que un cirro muy fácilmente puede confundirse con ciertas callosidades que, aunque de mal aspecto, difieren de él totalmente y pueden desaparecer por las solas fuerzas de la naturaleza. Los prácticos más hábiles opinan que el cirro verdadero no puede discernirse de los otros tumores por los progresos del mal: en éstos el cuerpo duro se disuelve, mientras que el cirro degenera en un cáncer patente. Así lo enseña el ilustre Antonio Trasmundo (*Elementos de med. extér.* t. 2, v. 1, cap. 18, § 220): «En el diagnóstico del cáncer, por evidente que aparezca, debe seriamente reflexionarse que cierto número de síntomas característicos del cirro son comunes á otros tumores crónicos duros é indolentes de las partes blandas: de ahí serias dificultades para el médico.» Y añade (*id.* p. 210): «Todas las durezas cirrosas, ó de mármol, si se quiere atenerse á la etimología rigurosa, pueden no ser cirros; lo mismo que todas las ulceraciones de apariencia cancerosa pueden no ser cánceres.»

2. Esto es lo que se presenta sobre todo en nuestro caso. Dicese, en efecto, que Teresa Massetti fué atacada de un doble cirro, uno en el seno derecho, y otro en el izquierdo. El primero fué extirpado por una operacion quirúrgica, mientras que el otro habia desaparecido por un milagro. Si fuese absolutamente cierto que aquella masa dura como la piedra extirpada del seno derecho fué un verdadero cirro, sería permitido sospechar que la del izquierdo era de la misma naturaleza. Pero esto no es seguro; oid sino á la misma curada, que dice: «Baruffi (uno de